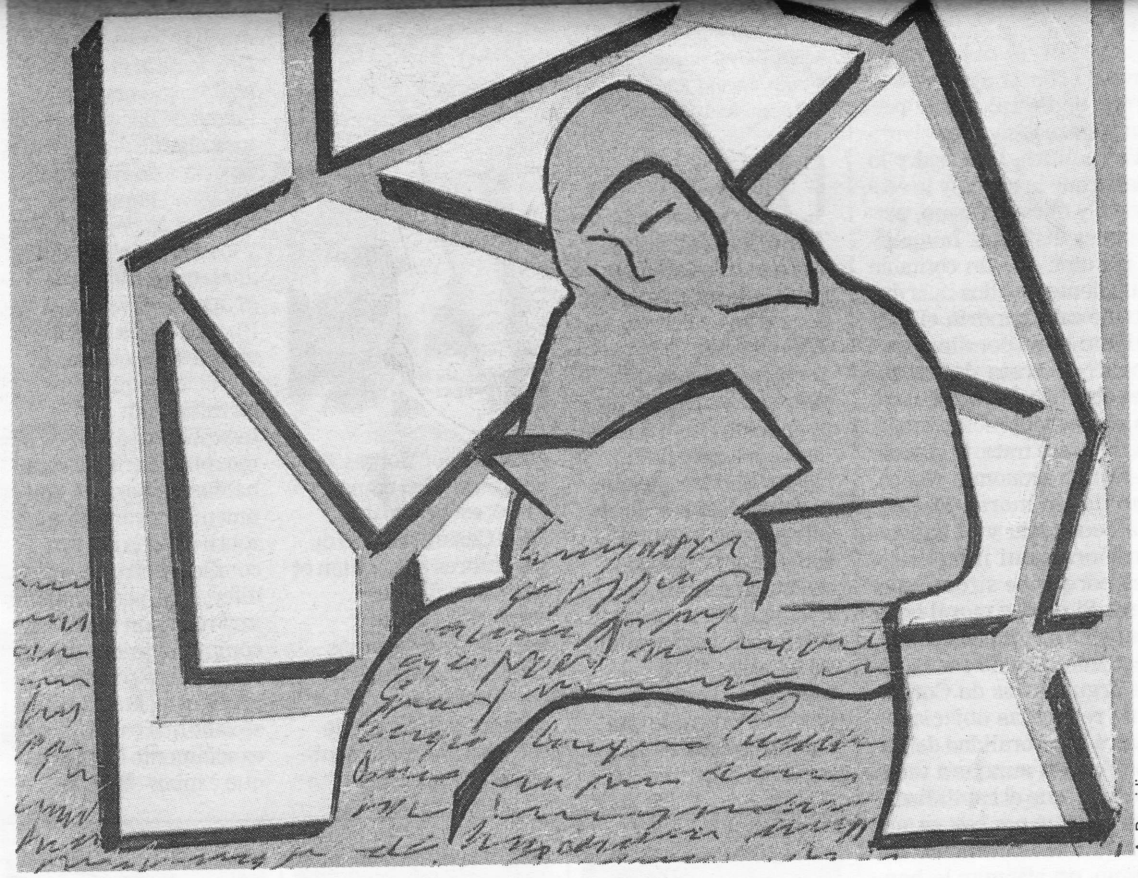

A. Berridi

¿Cómo se lee?

SENTIDO CONTRA SENTIDO. ¿CÓMO SE LEE? CONVERSACIONES CON PATRICK LLORED
Jean Bollack
Traducción de Ana Nuño
Arena Libros. Madrid, 2004
206 páginas, 16 euros

LA MUERTE DE ANTÍGONA. LA TRAGEDIA DE CREONTE
Jean Bollack
Trad. de Arnau Pons y Xavier Riu
Arena Libros. Madrid, 2004
139 páginas, 12 euros

UNO de los episodios decisivos de nuestra historia moral tuvo lugar en Alemania el 25 de julio de 1967. El día anterior, un oscuro poeta judío leía sus poemas en el campus de Friburgo. Entre el público se encontraba Martin Heidegger. El filósofo se ofreció a enseñarle al poeta su refugio de la Selva Negra. El poeta accedió pero apenas pudo dormir aquella noche. Tenía los nervios destrozados por el sufrimiento: por el suyo y por el de todas las víctimas de la barbarie nazi que su anfitrión había contribuido a alentar. Pero las cosas del mal y de la culpa son siempre complejas y el poeta aceptó la invitación con humildad y hasta con esa virtud insólita que es la esperanza. Una semana después escribió un impresionante poema que parece ser al mismo tiempo un acta de acusación contra *el maestro de Alemania* y un escalofriante rayo de luz para todos los tiempos. Se titula *El Monte de la Muerte*. Según se comentó más tarde, nada más marcharse el poeta, el filósofo murmuró discretamente que había estado junto a un loco. Tres años después, Paul Celan se arrojó a las aguas turbias del Sena.

No es posible tener presente este momento trágico sin recordar el verso 470 de la *Antígona* de Sófocles, en el que la heroína le espeta al tirano que le ha condenado a muerte: «Si te parece que he cometido locura, tal vez sea un loco ante quien incurro en acto de locura».

El delirio y la muerte

La locura como desprecio de la realidad infinitamente valiosa de cada hombre lleva al delirio y éste a la generalización banal de la muerte: a la locura bestial que no se puede contener a sí misma. Estaba escrito en las páginas de Sófocles, tantas veces distorsionadas por sus comentaristas, y así ha sido a lo largo de la historia hasta llegar a esa culminación apocalíptica que llamamos *Auschwitz*.

Bollack, que ha estudiado tanto a los griegos (Empédocles, Heráclito o Sófocles) como a Celan (al que ha dedicado más de veinte años largos de investigaciones) lo sabe y lo ha sabido explicar como pocos autores lo han hecho en nuestros días. La editorial Arena Libros –que había publicado del mismo autor *Piedra de corazón* (2002), un estudio exhaustivo de «Le Périgord», el poema póstumo de Celan– nos ofrece ahora el trabajo sobre *Antígona* y el libro de conversaciones con Patrick Llored en el que Jean Bollack hace explícita su posición ante el acto de lectura.

El arte no ha muerto, por mucho que se empeñen los constructores de sistemas. La actualidad de los grandes textos –y su profundo parentesco en una línea explorada por unos pocos espíritus realmente grandes– tiene que ver con el hecho de que el poema se compone en el mismo acto de la escritura y por su propio dinamismo, no de manera inmanente sino mediante una radical innovación o injerencia en su contexto histórico y lingüístico. No hay una materia preexistente al texto. Por eso mismo las obras de arte están siempre vigentes, rescatados cuando el humilde lector se aviene a comprender aquello que realmente se nombra. No cabe recurrir a una interpretación o herméutica filosófica (como en el caso del propio Heidegger o en Gadamer). La poesía no es reductible a nada que no sea el nombre y la designación. No hay atajos en la vía de la comprensión. Todo está en el léxico, en la sintaxis, en las referencias que permiten esclarecer el sentido. Hay que estar dispuesto a no dejar ni el más mínimo espacio al delirio de la abstracción que sume la realidad en la más infamante nada.

Álvaro de la Rica